

Duración estimada del vuelo.

Eloy Tizón.



El avión tomó impulso y despegó y todo quedó atrás: la tierra verde y marrón y reseca con sus conglomerados de refinerías que parecían en llamas, horadada por el agujero azul turquesa de las piscinas, entre cultivos mal ensamblados, zurcidos a toda prisa, y trenes de juguete y parsimonia y añicos de loza esparcidos aquí y allá, disparando flashes cegadores, estallando en bolas de plomo, y extraños oasis de blancura abstracta, perfectos, y tribus de nubes llevadas a hombros por las montañas sedientas, además de la sombra del propio avión allá abajo, despedazada entre cráteres, persiguiéndose a sí misma a través de una red de circuitos capilares por donde latía un fluido luminoso.

Volar no tiene esquinas. El interior del aparato es un saloncito con pocos ángulos rectos. Nada de recovecos. Todo se curva, se dobla, se feminiza, porque los ingenieros aeronáuticos han decidido que en las alturas es preferible que el alma humana se abarquille y desenfoque. Las azafatas nos dan la razón en todo.

Huele a tostadas con bacon y a tinta de periódico; una fritura impresa. Hoy el cielo está representativo. Algo empieza y algo termina, un ojo se apaga y otro se enciende. ¿Por qué no nos movemos? ¿Falta mucho para llegar? Nuestro cuerpo va por delante. El centro de gravedad cambia y el eje del mundo se inclina como un enfermo con sed. Un infierno nos propulsa; tenemos fuego en la espalda. En la pantalla, un gráfico digital nos informa del avance a tropicónes de un avioncito de juguete, de trazo tosco, sobre un océano de cómic: por allí vamos. El espacio se disgrega y los minutos tiritan. Caemos hacia lo alto. Todo es presente. No tenemos ningún futuro al que volver.

El regreso a casa. Los trenes medio vacíos. Soldados de permiso, con los hombros caídos. Asomarse al vagón-cafetería y no encontrar a nadie allí, tan solo

ver al fondo, tras el mostrador, al camarero de brazos cruzados que me devuelve la mirada con cara de aburrimiento, y esa imagen de la soledad en medio del crepúsculo de los campos errantes transmite mejor que ninguna otra cosa el sabor final del verano, el último día de vacaciones, la vuelta a las obligaciones.

Cuando nuestro veraneo tocó a su fin y regresamos a casa, con exceso de equipaje, al deshacer mi maleta me sorprendió desagradablemente descubrir que Tricia había introducido en ella, a hurtadillas, regalos que yo no recordaba haber comprado, objetos que no eran míos y ropa de mujer, rompiendo nuestro acuerdo de no inmiscuimos en el equipaje del otro. Y lo más asombroso de todo: envuelto en un albornoz, apareció —juro que es cierto— un paquete con un kilo de sal.

—¿Y esto? —le pregunté.

—Es por la etiqueta —me dijo.

Atravesar el océano con un kilo de sal estadounidense de contrabando en la maleta puede ser —o tal vez no— una metáfora visual apropiada de lo que significa vivir en pareja y cruzar sus “franjas horarias”.

Era verdad que en esa época a los dos nos fascinaban los envoltorios y que en Norteamérica habíamos recopilado tesoros, gracias a sus inmensos supermercados. Con todo, quizá hubiese sido más sensato haber despegado la etiqueta (la ilustración de una niña que se protegía de la lluvia con un paraguas, sobre un fondo azul oscuro), en lugar de transportar un kilo de Morton Salt por los caminos del aire.

Entonces, pretendiendo ayudarla, cometí el error, tonto de mí, de querer averiguar las razones de su obsesión. Le pregunté a Tricia por qué le hacían sufrir tanto las maletas.

Se quedó un rato callada, pensativa. Luego se mordió las puntas del pelo. Hubo una pequeña descarga eléctrica. La sangre subió a sus mejillas. Al fin se justificó: —Yo hago las maletas igual que tú escribes tus libros.

Me dejó mudo. Nunca antes lo había enfocado de ese modo. Era la primera vez que lo oía. Desperté de la anestesia. Pero reconozco que Tricia tenía razón. Yo escribía igual que ella hacía las maletas; exactamente igual. Con los mismos nervios, la misma pasión y el mismo estremecimiento íntimo. En ese instante caí en la cuenta de que yo también, como ella, pasaba días en vilo por culpa de un adjetivo. Anotaba listas de cosas en servilletas de papel que luego arrugaba y desmenuzaba en trozos diminutos. Dudaba. Rectificaba. No me quedaba tranquilo. Perdía el apetito. Enfermaba. Saltaba de la cama en plena noche y corregía algo. Quizá por casualidad, Tricia había acertado. Preparar una maleta era igual de comprometido que urdir una ficción, soñar un libro o construir un universo poético. Uno solo puede hacer algo bien obsesionándose con ello. Si no, resulta imposible. Cacería encarnizada de la página y la maleta, si no perfectas —eso es mucho decir—, sí al menos de una imperfección impecable; en ambos casos se trata de sentenciar —nada menos— qué salvas y qué condenas. Ante esto, cualquier elección conlleva una responsabilidad y un peligro. El problema con las maletas no es un problema de espacio, sino de tiempo. Su dificultad técnica no es tanto física como filosófica. De

repente nada cabe, o todo se retuerce, se engancha o crece, la ropa adquiere alma y se niega a colaborar, cuánto se sufre, lo que ayer entraba con holgura hoy no hay forma de acoplarlo, ¿alguien lo entiende?, es el enigma metafísico de las dimensiones o de los nervios, date prisa, me sobra una camisa, qué hago con esto, llegamos tarde, los libros, dónde metemos los libros, ¿esto qué es?, el gemido de un jersey pillado a traición por la cremallera, el esguince de un zapato doblado con violencia asesina, en una posición viciada que luego nunca más se recupera, la manía de las correas de entrometerse todo el rato, haciéndose las importantes, enredándose en los dedos, qué engorro, el tubo de pasta dentífrica espachurrado, nada, no hay forma, mejor sacarlo todo e intentar recomponerlo. Y vuelta a empezar de cero el rompecabezas.

Fabricar la maleta o la página tolerables se convierte en una búsqueda casi mística, un poco como la del santo Grial. Acertar o no acertar pasa a ser una tarea trascendente, casi inalcanzable. Uno inventa pasiones en una página porque las ha vivido antes o porque quiere vivirlas o para no tener que vivirlas.

Eloy Tizón, Extracto de “Duración estimada del vuelo”, en: Eloy Tizón, *Técnicas de iluminación*, Páginas de espuma, Madrid, 2013

Imagen: Claudio de Casas, Colección de conchas de Pablo Neruda, Instituto Cervantes.